

PREGÓN DE LA FERIA REAL DE SAN PEDRO 2018

José Calabrús Lara



Buenas noches Torredonjimeno.

Introducción.

Me siento muy orgulloso de estar aquí, por la invitación que me hizo Manolo Anguita para pregonar la Feria; no me pude negar; porque mi pueblo y mis paisanos son –paraq mi- lo primero. Y si es para algo tan importante y lúdico como prologar la Feria y ser, por un rato pregonero municipal, comprenderéis que me encuentre feliz, por el encargo, por hacer algo tan grato y porque ¡un cargo es un cargo!

No he sido nunca pregonero público; serlo de la feria de mi pueblo, que he vivido tantas veces, con la ilusión que subía estas escaleras de niño, impaciente, pensando donde “*gastar*” las pesetillas que me habían dado de “*fereo*”, me llena de alegría.

No me ha dado tiempo ni de hacerme el traje de pana, ni la gorra de plato, ni comprar la trompetilla, atributos del oficio, por eso vengo de paisano.

En las redes sociales pretendían que me metiera a electricista; no, ese oficio no es para mí. Tengo que confesar que “*me da mucho miedo la electricidad*” y mucho respeto para el oficio del inolvidable *Lázaro, Valiente, o Antonio Fuentes* y además, aquí hay personas que lo van a hacer mejor que yo y con mucha más ilusión.

Hoy soy *Pepe Calabrús*; que también ha habido tonterías con eso. Don José Calabrús es un señor que viste de traje y corbata –algunas veces con atuendos más raros (toga, puñetas y abalorios)- trabaja en Jaén y en Madrid, se junta con gente muy ocupada, rara vez aparece por Torredonjimeno. Que en mi pueblo me llamen así, es el único título que no me he currado, me lo habéis regalado; hace poco, cuando el Alcalde me llamó Don José, en la presentación de mi libro, creía que no se estaba refiriendo a mí.

Este es un año importante, retirado parcial, me he quedado con lo que me gusta; además del libro, he casado a mi hijo con una “*jamilenua*”, tierra de bellas mujeres por las que tienen querencia los tosirianos; en mi familia reinciden, mi bisabuelo buscó novia allí y mi abuela era de Jamilena; para redondear hoy estoy aquí, ¿qué más puedo desear?

Ser pregonero es un trabajo temporal, a tiempo parcial, dura diez minutos; a deshoras y tiene el sueldo tasado, un cuarto, por aquello de “*dar un cuarto al pregonero*”.

Pero es un oficio lucido, venimos en comitiva con la Corporación, desde la plaza, amenizados por dos bandas de música, paseando, rodeados de gente. Hoy no me ha costado subir la cuesta de la calle la Muela, ni el “falso llano” (como llaman los ciclistas) de la Puerta Jaén. Ha merecido la pena, haces ejercicio y saludas a la gente, con hilo musical.



Y ahora estoy en el mejor sitio, una isla de luz, corre el aire, sin “achuchones” y en el prólogo de la feria, todos pendientes para que yo os hable “del pueblo” y –a lo mejor- algunos –raros- con ganas de escucharme.

Un pregonero es un tipo con buena voz –yo no la tengo- que lleva una trompetilla –que tampoco traigo- y que empieza a hablar solo en una plaza o esquina y a su llamada van acudiendo los vecinos; pues tampoco; cuando hemos llegado, esto ya estaba lleno de gente y si me enrolló, corro el riesgo de quedarme solo, porque a estas horas “la cerveza se calienta y las tapas se enfrían”. Así que trataré de aliviarme y aliviaros, cumplir pronto el encargo y que os podáis ir a disfrutar.

Suceder como pregonero a Rocío Jurado, “la más grande”, a mis amigos Rafalín, Rafael Álvarez El Brujo y a mi recopilador Miguel Luis Ortega, es un lujo y un orgullo. Espero estar a su altura y que me recordéis como a ellos.

De entrada, quiero evocar esta noche a los que no están aquí; y me refiero a quienes no han podido venir, no a los que se han exiliado en Roquetas; a los enfermos, a los mayores, a los que “no tienen ganas de subir”, porque se les hace lejos y tarde; y a los que están lejos “del pueblo”, los emigrantes, antiguos o modernos-, a los que están trabajando para que otros nos divirtamos, a las personas mayores, a los abuelos que se han quedado con sus nietos y a todos los que sientan añoranza de nuestra feria sin poder estar.

Por ellos y porque no es cosa de enrollarse mucho, lo tengo escrito y quien quiera leerlo íntegro, un poco más largo, con dibujitos, puede buscarlo mañana en las redes sociales y empaparse bien, o mandárselo a esos que hubieran querido estar con nosotros; así ahora os canso menos; “vamos a lo que vamos”.

El Pregonero.

Como todo aquel que empieza un trabajo, me tendría que presentar, aunque ya me conocéis. Vine al mundo una tarde de Agosto -creo que era domingo- de mediados del siglo pasado (1949), en la calle El Agua, llegué de la mano de doña Tránsito, aunque a mí me dijeron inicialmente que me había traído la cigüeña en un azafate de rosquetas y merengas, con flores.

Los primeros años de mi vida no tuvieron otro horizonte que Torredonjimeno, sus calles, su campo y el parque, nuevecito, a estrenar, con la gran avenida de tierra, con mi tata *Luisa* en un cochecito muy grande; ella joven, guapa y elegante con su impecable delantal blanco impoluto, y otros niños, *Pepe Liébana* –otro que tal anda- con su tata *Rosario*, vestida de igual guisa. A poco que podíamos nos escapábamos a jugar con la tierra y ponernos “*perdíós*” de polvo o de barro; regañina cariñosa y amenaza de broncas maternas que después no llegaban.

Más adelante, las monjas de San José, con el portaviandas y el braserillo de ascuas, y la *madre María del Valle*, ya entonces, más que madre, abuela cariñosa, con un ingenioso cacharro, como una castañuela, que marcaba cuándo había que ponerse de pie.



La escuela de *don Rafael*, en la calle Dávalos, entonces Alférez Palomo; su hermana doña *Pura* y su sobrina *Dorita* y aquel patio lleno de macetas y flores en todo tiempo. Era una escuela más que unitaria, única, allí se fraguaron las primeras amistades, están en una foto amarilla que me emociona cada vez que la miro. Muchos se fueron ya; hoy los personalizo en *Joselín Serrano*, que vivía en la panadería de al lado y era un magnífico alumno, aplicado y voluntarioso, ya buen dibujante entonces, ¡qué buena cabeza se perdió!

Los demás, *Pepe Liébana*, *Nono* y *César Gallo*, *Raimundín* y tantos que no recuerdo ahora, cuya amistad hoy, sesenta y tantos años después, continúa igual.



La Placeta de Cobos con su cruz y sus dos bancos, *Conchi*, *Paquitín*, *Ana Pilar*, *Pili*, las “*niñas*”, los primeros juegos y el primer sentimiento de libertad –vigilada- sin la intermediación familiar o de mi niñera *Luisa*. Hijo único y nieto único, lo que tiene su “*miga*”; la casa de mi abuela y de tía *Paca* y tía *Julia*, los cuentos y entretenimientos de quienes más que servicio, eran para mí de la familia: *Gregoria*, *Egi*, *Adela*, *Patrocinio*, *Teresa*, *Carmen*, *Pilar*... *Peragón*, *Francisco*, *Manolo* y los juegos en el *Castillo* y sus recovecos, buscar caracoles; y la gramola con el disco de pizarra de *La Revoltosa* y las fotos y postales de la *Semana Santa* de *Sevilla* de mi tía *Paquita* en cajas de lata de carne de membrillo.



Monaguillo en San Pedro, el día de los Santos, en la torre redoblando y asando sardinas; Navidad, el Domingo de Angustias, la Cuaresma con su bula de la Cruzada para comer carne y los preparativos de la Semana Santa, las magdalenas y los hornazos, el montaje de los pasos, las túnicas, el Calvario. Los Pilatos –huéspedes de mi casa- a quien había que “*hatear*” antes de que los vistieran y se los llevaran, la pata colgando, esperando a las mocicas; la mozuela y el escribano; después vinieron los nuevos, relamidos y relucientes que instaló mi madre en el cuarto de al lado de mi dormitorio.

Ya me conocéis un poquito más, os he hablado de mis primeros años, porque mi patria es mi infancia; lo que vino después no importa, estudié veinte años y llevo más de cuarenta trabajando; pero eso es “*harina de otro costal*”; es ese otro señor del que os hablé al principio y que conocéis menos; y no estáis aquí para aguantarlo.

Torredonjimeno.

Me vais a permitir que os hable del pueblo, la feria puede esperar dos minutos; Torredonjimeno, más que un pueblo es un sentimiento profundo, por eso no hay ni que nombrarlo, como si fuera –que lo es- único, por eso orgullosos decimos “*¿eres del Pueblo?*”. Es que no hay otro.

Llevo casi 70 años cortejándolo como enamorado, vagando entre sus gentes y sus paisajes y muchas veces me he cuestionado por el alma tosiriana, cuál sea el “*espíritu del pueblo*”, el “*Volksggeist*” de *Fichte* y *Goethe*, ese impulso telúrico o espiritual que tiñe y colorea una colectividad y un ambiente, haciéndolo único.

En esa búsqueda constante me pregunto las razones, el por qué último de la idiosincrasia de nuestras gentes -muy distintas en todo a los habitantes de pueblos vecinos- por qué somos como somos, demasiado “*diferentes*”. En mis cavilaciones encontré la luz hace apenas diez años: Torredonjimeno, mera hipótesis personal, es un pueblo que nace y se afirma por su propia voluntad personal.



El 28 de Agosto de 1558 la Princesa Mariana de Austria, gobernadora de estos reinos en nombre de Felipe II, otorga la Carta de Privilegio por la que se segrega a Torredonjimeno de la jurisdicción de Martos haciendo la precisa descripción del deslinde: desde la fuente del Yeso hasta Santo Nicasio. A partir de entonces en la villa “*habrá horca, picota, cuchillo, cárcel y cepo*” y “*todas las insignias de jurisdicción de las ciudades libres*

del reino” y la facultad de elegir dos Alcaldes ordinarios y los demás cargos y oficios concejiles.

Este es el secreto: a Torredonjimeno nada le dieron, lo consiguió a pulso; compró su libertad, cuando su poblamiento databa de mil quinientos años atrás y tenía un castillo, una villa crecida y cercada, dos parroquias, cuatro o seis ermitas, un convento, notables próceres locales y –con todo eso- hubo de comprar su independencia. Un paisano, Fernando de Olivares, enviado por los vecinos viajó a la Corte y lo consiguió contra el pago de Nueve Mil Ducados, *“una pasta”*, en dos plazos, que hubieron de hacer sus habitantes.

Este evento –no frecuente en el entorno- y su vinculación a los ya no tan *“freires”* calatravos, ha condicionado el modo de ser de los tosirianos y puede ayudar a explicar el espíritu *“del pueblo”*, la forma de actuar de sus hombres y mujeres, que todo lo tenían, pero hasta hace 460 años, les faltaba la libertad y la identidad como pueblo, lo que hubo conseguir en la madurez y no sin esfuerzo. Me hace recordar la frase de Claudio Sánchez Albornoz, *“La historia es la hazaña de la libertad y la libertad es la hazaña de la historia”*.

Esta actitud ante la vida, impregna las más variadas manifestaciones: su acendrada religiosidad *“sui generis”* (*“a su aire”*), el auge de las cofradías y hermandades; el individualismo congénito; el afán de superación, de ser diferentes, el marcar distancias; la adaptabilidad, variabilidad y capacidad de cambio; virtudes y defectos que se expresan tanto a nivel colectivo como individual: el apasionamiento, la entrega al deporte, el adorno de calles, plazas y jardines frente a los recios paisajes; el fervor religioso y, por qué no, en la pasión que pone en la política, aspirando a ser *“diferente”*, a caballo entre el respeto al orden establecido y la tendencia al espartaquismo.

Tras esta reflexión personal, me pregunto, y os pregunto, sin ánimo de *“aguar la fiesta”* ¿no sería más digno de celebración el 28 de Agosto, día de la libertad, que el día de San Pedro? Que es el de la entrega por el Rey a Don Jimeno.

La feria Real fue regalo por compensación del Rey Fernando III, la libertad fue comprada a Felipe II.

La Feria.

No me he desviado mucho de la Feria y la breve reflexión nos ayuda a conocernos y a pensar, que incluso en feria, es muy sano.

Porque la forma de divertirse de nuestro pueblo es, como su naturaleza, libérrima; desde los que ya están camino de Roquetas, Torre del Mar o Fuengirola, dispuestos a amortizar la feria y *“dimiten”* de ella, para *“enarenarse”* estos días y volver el lunes como los salmonetes, jellos se lo pierden!, hasta los que empiezan la feria después del Corpus –la semana pasada la Feria de la Tapa- y la acaban a mitad de Julio, o empalman con la Romería por el *“verano cultural”*; que aquí hay gente *“pa tó”*.

Alguno me ha llegado a decir que se van a comer *“espetos”* porque en la feria no hay *“pollos asados”*. Lo dicho, *“gente pa tó”*.

No pretendo hacer como a veces los curas, que echan la bronca a los que “están” por culpa de “los que no están”; por ello, que disfruten en la playa, ellos se lo pierden; vosotros sí que sabéis; habéis acertado, disfrutad los días de feria en honor del Señor San Pedro, quede el mar para otro día, que “hay más días que ollas”.

Desde 1224 que, según la tradición, el día de San Pedro se entrega el Castillo a D. Jimeno de Raya, uno de los trescientos caballeros baezanos que el rey nombró como aquí decimos “pa tapar huecos”, cubrir los castillos de la frontera, ese día se concedió la Feria Real, se convirtió en festivo y, además, el Apóstol fue el patrón de Torredonjimeno.



Lo fue por poco tiempo porque, los tosiríamos, que “somos mu nuestros”, en 1580, nombramos patronos a San Cosme y San Damián y el pobre de San Pedro se quedó “con dos palmos de narices”, sin patrocinio, aunque continuó con su fiesta de Iglesia y su Feria Real; Real porque se la otorgó el Rey y real porque, desde entonces, se repite todos los años y cada vez mejor.

No sé por qué, aunque no me gusta, últimamente, la Corporación llama a la feria “de San Pedro y San Pablo”, metiendo en collera a este último. Un amigo que lo ha contrastado documentalmente, Manuel Jesús Cañada, me dice que sólo en una ocasión entre centenares de Actas Capitulares, en el siglo XVI se hace referencia a San Pablo, el apóstol de los gentiles. Ignoro por qué el Ayuntamiento de aquel borrón del escribano ha repescado a San Pablo, quizás tenga que ver con la caída del caballo.

Aquí “somos como somos” y si un santo nos parece poco, y, si tenemos de patronos a San Cosme y San Damián, ¿por qué no vamos a celebrar la feria de San Pedro y San Pablo? En fin, lo importante con uno o dos titulares, es celebrar una buena feria. Si desde arriba nos echan una mano, mejor que mejor.

Una mirada al pasado.

En ocho siglos la feria ha variado mucho; es natural, ya tenemos bastante con un mercado medieval en otoño para que ahora también tuviéramos que llenar de paja y chiringuitos antiguos este hermoso parque; los cacharros serían más aburridos.

Cambió de sitio, de la Plaza a la *Placilla* (otro Pablo – que me perdone Casals- que se coló de rondón); de la *Placilla*, a Martín Gordo, de *Martín Gordo* a las *Eras* y de las *Eras* a este precioso *Parque*. Ahora el parque se ha quedado chico; ya se ocupa el Paseo de la Estación y pienso que cualquier día una Corporación, Dios no lo quiera, se lleva la feria al “quinto pino”. Disfrutémosla entre tanto aquí que está muy bien y “cerquita”.

También ha cambiado de contenido. En su origen fue feria de ganado, en Martín Gordo. También cambió de fecha, y los viejos del lugar recuerdan en la Loma de los Santos, la feria de ganado en los primeros días de septiembre, entre San Miguel, cuando “cumplían” los “ajustaos” y los cortijeros venían al pueblo y las fiestas de la Virgen de Consolación, coincidiendo con la novena.



Concurrían ganaderos, tratantes, corredores, rabadanes, pastores y gañanes con sus bestias, rebaños y piaras de cerdos y pavos; se compraban y vendían aperos, enseres, sartenes, trébedes y tinajones. Tengo un vago recuerdo, y no sé distinguir lo vivido de lo que me han contado, en cualquier caso, al empezar “la otoñá”, “entre Vírgenes” (la Virgen de la Cabeza salía en procesión en San Miguel) el campo se metía en el pueblo.

Durante siglos hubo toros, normalmente a caballo, en los siglos XVI y XVII se corrían toros y así aparece en fuentes documentales, que se corrían en la Plaza de la Villa y para verlos se utilizaban los balcones, ventanas, ventanucos y tejados de las casas de la plaza.

Luis Gómez nos cuenta en Órdago que en el siglo XVII tuvimos un rejoneador tosiriano, *D. Juan de Prado y Valenzuela*, quien incluso llegó a torear en Madrid.

Hay datos que en el siglo XIX se celebraban corridas de toros en corralones.

Tengo en mi casa, enmarcado, procedente de la familia de mi suegra, un pañuelo de seda, ornado de “vainica” y florituras de costura, que es una preciosidad, de un evento taurino tosiriano en 1.995.



Se trató de una corrida en toda regla, que se celebró en el Patio del Molino de la calle Adarvejo/Molinillo, de la familia Moya, todos los intervinientes eran personas conocidas en el pueblo y lo más llamativo es la presidencia de “distinguidas señoritas de la localidad” cuando desde el reinado de Fernando VII (el mismo que cerró universidades, como la de Baeza y abrió escuelas de tauromaquia), estaban perfectamente reguladas y supervisadas y presididas por “la autoridad competente”.

A mediados del siglo XX, un grupo de aficionados, en 1964 intentaron una aventura taurina que fracasó y costó los cuartos a los promoventes; se instaló una plaza de toros portátil y se celebraron dos eventos: una corrida y un *“espectáculo cómico taurino musical”*. Ya en este siglo, en 2003 hubo otra experiencia taurina fallida, en este caso, *“los cuartos”* los pagó el Ayuntamiento.

La feria se preparaba y se prepara con esmero, todo el mundo se compra ropa para lucirla; recuerdo una vieja anécdota de un señor que tenía varias hijas casaderas y las vestía de una casa de modas en Madrid por catálogo, *aun no habian abierto “Cactus, Glamour ni R-21”* y el propio *“viajante”* tomaba las medidas. Un año pasó el Corpus y el *“viajante”* no había aparecido, por lo que el paisano le envió un telegrama terminante: *“Las niñas en cueros, San Pedro encima, dígame qué hago”*.

La Feria que he vivido.

“Vamos a lo que vamos”, que *“la cerveza se calienta y las tapas se enfrían”*. Os hablaré de la feria de mi juventud, que ha sido hasta hace poco, que en mi familia se mueren *“niños”* con noventa años.

“En mis tiempos” como decimos los que empezamos a estar *“pasados de fecha como los yogures”* (que siguen estando pa comérselos) la feria se respiraba todo el día y en todo el pueblo. No solo por los cabezudos que –cómo siempre- arrastraban a la chiquillería, temerosos o audaces, pero todos alegres, saltando y bailando al son de los pasacalles de la banda de música de *Eloy Bares*, en la que formaban algunos municipales que, vestidos de músicos y con sus instrumentos, sin porra ni pistola, parecían más humanos, menos fieros que cuando paseaban las calle muy serios, con *“cara de mala leche”*, los niños les temíamos; seguro que *“no es tan fiero el león como lo pintan”* y todos *“eran un peazo de pan”*; pero representaban a *“la autoridad”*, cuando iban de músicos *“era otro soplar”*.

Todos los días de feria, a media mañana, pasaban los *“turroneiros”* con carrillos enormes de ruedas, cargados de turrón, del duro, del blando, almendras rellenas o peras confitadas y fruta escarchada, que en otras fechas no llegaban al pueblo; la gente compraba porque le venía a mano, en su misma puerta y lo vendían más barato que en la feria.

Los bares.

La feria se vive en los bares, de *“toda la vida”*, no se entiende la diversión sin una copa en la mano: caña fresquita, botella o botellín, copa de vino o trago largo y tapas. Los gustos van cambiando; ahora ha llegado *“la sin alcól”*, la *“Radler”*, la cola, los refrescos, el *“bite kas”* y hasta el mosto. Eso sí, nadie perdona la tapa.

En *“el pueblo”* hemos tenido y tenemos buenos bares, en la plaza, en el camino de la Estación, en cada barrio había una taberna emblemática: el *Colorín*, en Martín Gordo; *Chavarría*, en San Roque; en la carretera, el *Canelo* y la *Pachanga*.



Los del “barrio alto”, en “la Avenida”, el *Patín de Octavio*, el *Lydio*; más arriba, en el parque, *Parragueta*; el *Pacorro*; en el camino de la Estación, hoy absorbido por la feria, el *Primavera*, el *Pinta* y más recientes el *Cachorro*, el *Cahejo*, el *Olivo* y *Doñana*. Que me perdonen los que no cite, que tampoco son estas las “páginas amarillas”

La feria era el mejor tiempo de los bares, por aquello de que “más vale malo conocido”; a mediodía el *Regina* era el punto de referencia; con el *Patín Bar*, de la calle Rabadán, después “el *Gallardo*”; el *Twist*, de la calle San Pedro; *Frasquito Paula*; el *Casino Mercantil* y de *Artesanos*; el *Quico Carabina*, el *Marteño*. En el otro *Casino*, “*Círculo Español*” sólo daban “*bicarbonato*” y “*agua del porrón*”. Por la noche “*la plaza se quedaba muerta*” la gente subía a la feria y a los bares limítrofes.

Subir a la Feria.

Para “*ir a la Feria*” había que subir al parque a partir del atardecer. Tomo prestados muchos datos de la prodigiosa memoria de Eduardo Colomo en sus deliciosas “*Pamplinas*” de feria, con previo permiso del autor, porque no soy capaz de recordar con tal detalle y reflejan mejor que yo pudiera hacerlo, una feria muy vivida que es la que quiero evocar.

Empezamos subiendo la “*escalera del parque*”, donde estamos, paradójico nombre popular de este espléndido acceso, entonces la portada eran los tres arcos de bombillas con los colores de la bandera, a la derecha, la *Heladería de Juana Gay* con sus hijos, los recordados, *Julio* y *Pepe*; a continuación, recuerda Eduardo, “*un puesto de juguetes de un señor que vivía en la calle Canalejas que se llamaba Miguel*”.



Seguían las *casetas de turrón* y las *tiendecillas de juguetes y baratijas* que ofrecían “*producto nacional bruto*”, cosas de aquí, vendidas por gente de aquí; los juguetes, de Levante; las pieles, de Ubrique; los vendedores, paisanos o del entorno, que se ganaban la vida. Aún no había llegado la globalización, ni el comercio asiático y mucho menos la multiculturalidad y el desfile de etnias de hoy, “*eran otros tiempos*”. La feria era entonces más particular y nuestra. Los “*forasteros*” que venían (a consumir, no a trabajar) eran “*del Villar*”, “*jamilenuos*”, como mucho, *marteños* o de *Jaén*.

Hacia la mitad del paseo comenzaban los "tirapichones", la clientela, mayoritariamente zagalones y parejas de novios, para presumir ellos.

Al final, antes de llegar a las escaleras y al "tablao" de la música, a la izquierda, la famosa "Tómbola Bilbaína".



A la derecha, el kiosco de José Barranco, el "chupeteo", que era el santo y seña de la feria; allí podía ocurrir de todo; mientras uno apuntaba a la diana para descargar por el tobogán las "chinicas de anís", el de al lado disparaba a la "mano negra" y un artillero hacía bajar aquel brazo forrado de lana negra que te asustaba; otro sobresalto si el plomo acertaba en el "misto cartón" que le hacía gracia a todos, menos al que estaba distraído; otra diana abría una puerta y aparecía un tío "haciendo sus necesidades". Era una caseta entrañable y toda una institución tosiriana.

De los "cacharricos" a los "cacharros".

Tras subir las escaleras y pasar la horrible fuente que sustituyó el entrañable "tablao de la música" impecablemente enlucido de blanco, resplandeciente y ornado de rosas multicolores, se daba paso a las atracciones de feria, los "cacharros" o mejor, los "cacharricos", con sus sirenas estridentes y música elevada; lo único que pervive año a año, con ligeros cambios.



Recordamos a la izquierda las barcas de tracción manual de Manuel Bares, "Rabieta", montarse era cuestión de miedo o de audacia, subir más alto o frenar el vaivén; en algún caso, ganas de darle más trabajo al encargado o a sus hijos.

Frente a las barcas, la noria gigante de Atracciones "El Zorro" de Torredelcampo, una atracción donde tocabas el cielo con la mano, con más miedo que alegría.



Y los “caballicos”; qué voy a decir de ellos, sinónimo de la feria, nos hemos subido a ellos toda la vida, desde los cinco años, acompañados, después, solos, más adelante con nuestros hijos, ahora, con los nietos.

Un poco más adelante, el “carrusel” de los Hermanos Vico, donde podías elegir “el riesgo”: o bien en los bombos que daban vueltas y vueltas sin parar, los más “valientes” uno solo en el bombo, se lo pasaban pipa; otros osados se ponían de pie con el carrusel en marcha e intentaban tocar una pelota que colgaba; o –los más tranquilos- elegían unos bancos fijos que solo se movían al girar para arriba y para abajo, allí iban personas de más edad, que no querían tantos sobresaltos.



Luego estaban los “coches locos” de Autopista Valle, a veces hubo dos pistas. Era una atracción cara y que “enganchaba”, no solo por la afición al volante y la sensación de autonomía al conducir, sino también porque tantos vehículos en una pista, producían no solo alcances y choque, sino auténticos enganches de los que era difícil salir. También había que tener cuidado con los más mayores, dedicados a “machacar” a los que veían más inexpertos, sobre todo si ibas “bien acompañado”, o eran chicas solas, el objetivo preferido de algunos “pjalandrones” incordiando con “su” coche a las que se atrevían a subir solas. Era por llamar la atención o “hacerse el gracioso” si bien a las pobres muchachas la cara que se les quedaba, no era de hacerles mucha gracia.



Hacia la parte del Instituto estaba el “Tren de la Muerte” de Ernesto García, valenciano, asiduo a la feria de toda la vida, que año tras año ocupaba el mismo sitio, siempre concurrido y el aliciente era averiguar quién hacía de payaso o de bruja e intentar quitarle la escoba, y a veces la careta a la bruja.

Por último, los “látigos” de los Hermanos Valverde, cerca del campo de fútbol; le teníamos “respeto” de pequeños, por los “traqueteos”, sobre todo si íbamos solos; con la

edad y “mejor acompañados”, los buscábamos, por el mismo motivo: los “*achuchones*” que provocaba el “*traqueteo*”.

Estos “*cacharricos*” eran los hijos de cada año, se les añadían los “*eventuales*”, que eran la esporádica novedad de algún año: los *torpedos*, *aviones*, “*caballicos*” más o menos sofisticados, puestos de patatas “*retostás*”, de algodón dulce y otras chucherías más sencillas y menos sofisticadas que las de hoy. Nuestras madres decían que nos “*ensuciaban el estómago*”; ¡qué sabrían ellas! Todavía no se habían inventado las modernas “*chuches*” esponjosas, que atragantan y se pegan al cielo de la boca, ni los “*gofres*”, “*creps*” y otros inventos importados.

Aquí tengo que recordar los “*pollos asados*”, que se generalizaron en bares, casetas y puestos de feria, siempre han tenido su afición; el año pasado faltaron y este año, la primera pregunta que me hicieron al saber que iba a pregonar la feria, es si habría “*pollos asados*”; al parecer, según la “*autoridad competente*” están prohibidos por motivos sanitarios; “*Jesús*”, quién lo iba a decir, ¡con el hambre que han quitado en tantas noches! Así pasan las galas de este mundo, “*sic transit gloriae mundi*”. Cosas del progreso.

En esta especie de “*oca a oca*” fiestero, de la noria al tren de la muerte y me subo porque me toca y de camino intentaré quitarle la escoba a la bruja del día y llevarla como trofeo el resto de la noche.

El final de los “*cacharricos*” era cuando se estaba acabando el dinero, que solía coincidir con la hora –cuando éramos más pequeños- en que quedábamos con nuestros padres, que estaban sentados en un “*velador*” de Juanito Pinta, esperándonos, o teníamos que bajar para la Plaza, antes de la hora señalada.

Andando el tiempo, el paso por los “*cacharros*” –nótese la diferencia (ha desaparecido el diminutivo conforme crecíamos) - era previo a subir a la Caseta. Pero esa es ya otra historia.

La pista.

Sí, sí, “*la pista*”; antes no había nada más que una pista, a lo más dos, privadas, del Casino o de los Casinos; después vendría la Caseta Municipal y seguía siendo “*la pista*”, luego dos Casetas Municipales, pero en definitiva lugares de música, baile con orquesta y –a veces- atracciones, de mejor o peor pelaje.

Recuerdo casi en mi infancia a una “*animadora*” en la caseta “*del bicarbonato*”, en la parte baja del campo de fútbol, a la derecha, que nos traía locos, de cabeza y las críticas en la plaza los días siguientes de los mismos socios que la habían contratado.

Años más tarde, hubo mucho tiempo una sola Caseta Municipal, junto a la Piscina, hasta la transición, que trajo, con dinero municipal, todas las atracciones importantes de la segunda mitad del siglo XX. Sus nombres, no hacen al caso, todos los del “*hit parade*”.



La última vez que fui, fueron *Los Centellas*, con su ritmo cansino – “chillout *made in spanglish*”- nos deleitaron con su peculiar “*Soy Minero*” y “*el Toro Enamorado de la Luna*”, nada que ver con el escuchado décadas antes en el mismo lugar a Conchita Bautista.

Años y años, el rito era el mismo: buscar mesa en buen sitio para ver la actuación, venía el camarero y anotaba lo que íbamos a tomar, lo traía y pagábamos, tomando posesión de la mesa hasta el final; como las mejor situadas eran largas, a veces se producían extrañas confluencias. La mesa era el “*aparcamiento*” para dejar “*las cosas*”, el bolso de la pareja, el jersey o la chaqueta, para “*el frío de la noche*”, entre baile y baile, o los paseos al borde de la piscina o las idas y venidas a la barra. Cuando acababa la actuación, baile hasta hartarse, cada uno hacía lo que podía, y juegos: la escoba, la silla, la conga, y así hasta “*Paquito el Chocolatero*” rozando el alba tempranera de esa época.

Al acabar, se iniciaba el regreso, a pie, desfilando con tropiezo en la *churrería de la Virgen de la Villa*, o derechos para la casa.

Las tallerías.

Ya sé que os estoy hartando y que *la cerveza se calienta y las tapas se enfrían*, pero me queda poco; para completar el rito y dar cumplida cuenta de la feria, me faltan las tallerías, las casetas de “*tallos*” que es su nombre tosiriano, aunque nuestros hijos hablen de churros, porque no han conocido a Manolito y a Carmen, en la esquina de la Plaza.

Estos establecimientos eran verdaderamente multiusos: para unos, eran objetivo único: ir a la feria a comer tallos; otros, como complemento de la cena que habían tomado en los bares de la feria o el entorno; y para otros, no pocos, eran el “último recurso” de las cinco de la mañana en adelante.

A todos, los tallos y el chocolate calentito nos hacían bien, aunque nos quemáramos y nos ponían el cuerpo a tono.

Final.

Corro el riesgo de quedarme solo con el palique; con tanta gente como había cuando llegamos, ya se van viendo claros, en lo oscuro de por ahí detrás y lo que estáis deseando es que se haga la luz, que a eso habéis venido y no a aguantarme, ya veo que estoy hartando, porque -lo digo por última vez- *la cerveza se calienta y las tapas se enfrían*.

Termino mi trabajo, suelto la gorra, la trompetilla, cedo el empleo *“otro vendrá que bueno me hará”*. Gracias de nuevo a todos, al Alcalde y la Corporación, por el embarque, a los que me habéis aguantado, a mis amigos, paisanos, visitantes y forasteros, a los que me ven o verán por la tele local, de nuevo mi recuerdo afectuoso y añorante para los emigrados, mayores y enfermos; otro *“recadito”* que están en la playa, en Roquetas, Torre del Mar o Fuengirola.

Ahora, dos electricistas maravillosos harán en un momento el milagro de la luz; se encenderá esta magnífica portada, se iluminará la feria, la luz de la alegría llegará a todo Torredonjimeno y desde aquí, que irradie a todo el mundo.

Que la disfrutéis y -con el permiso y por orden del señor Alcalde- queda pregonada e inaugurada la Feria Real de Torredonjimeno del año de gracia 2018 en honor del señor San Pedro Apóstol.

Muchas gracias.

Agradecimientos y fuentes:

Es de justicia dar las gracias a quienes, de un modo u otro, me han proporcionado información para confeccionar el pregón: A Manuel Jesús Cañada Hornos, *“Reseña histórica sobre el origen de la Feria de San Pedro, siglos XV a XVII”*; A Eduardo Colomo por sus *“Pamplinas”* de feria y otras notas ferriadas; A Francisco J. Téllez Anguita, *“Datos históricos y artísticos de San Pedro”* en la vieja revista *“Periscopio”* y otras publicaciones anónimas de la misma; A Luis Gómez López y Manuel Fernández Espinosa de *“Órdago”*; A Antonio Erena, Manuel Hermoso y José Liébana que me han proporcionado algunos datos.

Gracias a todos.